

COSTUMBRES.



LOS PALCOS Y LAS GALERIAS.

Quando un teatro merece el favor de las señoras, es generalmente muy concurrido por los hombres; no hay cosa mas natural; y por lo tanto las esplicaciones son ociosas.

Con efecto, ¡cuántos conocimientos, cuántos vinculos, cuántas intrigas se han formado en el teatro!

Pero dejemos las reflexiones y veamos lo que pasa en una galeria.

Junio 13 de 1852.

Vemos tres señoras juntas; es una madre y sus dos hijas, jóvenes de diez y seis á diez y ocho años; las dos encantadoras, la mas jóven no tiene ojos y oidos mas que para lo que pasa en la escena, y se contempla la muger mas dichosa del mundo por estar en el teatro!... no pierde ni una palabra de la pieza, si la situacion es triste, quien la viere lo adivinará en la espresion de su fisonomia, algunas veces sus ojos se llenan de lágrimas, y llora sin apercibirse de ello, porque se halla identificada con los personajes.

La mayor tiene los ojos completamente

enjutos, pero estraordinariamente brillantes; no pasan dos minutos sin volver la cabeza, sin mirar al patio ó á los palcos. Sabe que está bien, piensa que todos los gemelos se clavan en su persona, y por eso no sabe que cara poner para parecer mas bonita, y todo esto la ocupa demasiado para atender á la representacion. Adelante.

Un caballero y una señora; el caballero tiene cuarenta años, no mala figura, pero una fisonomia enojosa. Está leyendo el programa de una funcion que prepara el coliseo, y de vez en cuando mira á los

palcos; en seguida reprime la gana de bostezar que le ataca tan frecuentemente.

La señora tiene treinta y seis años, y es una de estas figuras insignificantes que no dicen nada; está bien vestida, pero no tiene ningun atractivo en su tocado, ni en su apostura ni en su rostro: se comprende por qué el caballero tiene ganas de bostezar.

Esta pareja se dicen dos ó tres palabras en cada entreacto, y durante la representación guardan el mas completo silencio. Hé aqui su conversacion.

Despues del primer acto.—Hace calor aqui:—Pues yo no le tengo.

Despues del segundo acto.—Está uno incómodo en esta galería, es menester inclinarse para ver algo.—Tú no te encuentras bien en ninguna parte.

Despues del tercer acto.—Esto concluirá tarde.—¿Qué nos importa?

A la conclusion del scinete ya es distinto: ella toma un chal, él un sombrero y se van sin decir una palabra. ¡Qué interesante pareja! ¡Cómo deben divertirse estas gentes! Pero lo que sorprenderá mas á mis lectores es que van todas las noches al teatro, y siempre se divierten del mismo modo. Adelante.

Dos señoras muy bonitas de la clase media hablan bajo, pero con mucho fuego. Deben estar tratando de amores: estas dos señoras tienen confianzas íntimas. Pero el actor que es origen de estas conversaciones sale á la escena, y lanza una mirada sobre aquella parte de la galería donde están las señoras, se dan un mútuo codazo diciendo:

—Nos ha visto; ¿no ves se sonrie?—Tiene un traje muy bonito.—Me gusta mas cuando se viste á la romana.

Mas adelante se vé una familia completa: el padre, la madre y el niño. El padre está medio dormido, pero de vez en cuando la esposa le despierta diciendo:

—¿Qué te parece esto?

Entonces el marido dice:—¿Qué has dicho?... ¿Qué se está representando? ¿Dónde están?...—Luego no atiendes... apuesto cualquiera cosa á que dormias... ¿Es posible que puedas dormir en el teatro?—Te aseguro que no dormia; pero pensaba en otra cosa.

El niño que no puede estar un instante tranquilo se dirige á la mamá diciendo:

—Yo tengo sed.—Hace poco que has bebido.—Pues tengo sed otra vez.—No se puede salir en todos los entreactos para que bebas; estáte quieto, ó no te traigo mas al teatro.—No me gusta esta comedia... no hay mas que salones y hombres vestidos de frac.—Cárlas, cállate ó te pego en llegando á casa.

Cárlas se calla, pero al cabo de un momento deja caer la gorra en las lunetas para que haya ocasion de bajar á buscarla, y mientras dura la representación esta señora no se ocupa mas que de impedir que el marido se duerma y que su hijo charle.

Un poco mas abajo vemos á dos señoras; la una es bonita, la otra es muy fea; están regularmente vestidas, pero tienen un aire algo equívoco. Un jóven se ha colocado detrás de estas señoras, es decir, detrás de aquella que es bonita. El jóven procura hacer conocimiento con ella; primero la mira de cierto modo; por aqui se preludia siempre. Sus ojos han dicho á esta señora: os encuentro muy bonita, me agradais mucho, y desearia que vd. me encontrase guapo.

Los ojos dicen estas cosas con estremada facilidad, porque tienen un lenguaje que está al alcance de todo el mundo, y espe-

cialmente las señoras nunca se equivocan.

Aquella á quien han hablado los ojos del jóven, no le ha disgustado este lenguaje, y ha vuelto la cabeza bien á menudo para ver si los ojos seguian hablando; los ha encontrado cada vez mas elocuentes, y el jóven se ha determinado á decir algunas palabras para entablar el deseado conocimiento.

Estas conversaciones empiezan siempre de la misma manera, poco mas ó menos que aquellas que se tienen en un baile con una señora con la cual se baila por la primera vez.

—Mucho sentiria incomodar á vd., hay tan poco espacio entre estas banquetas...—Vd. no me incomoda, caballero.—Despues para ver se vé uno obligado á inclinarse un poco.—Cierto... no se debe estar muy bien detrás.

—¡Oh! yo aseguro á vd., señora, que me hallo muy bien, no cambiaria mi puesto por el mundo entero.

Estas palabras van acompañadas de una mirada muy significativa; la señora baja los ojos, y pasa ligeramente su lengua por sus labios. Apuesto cualquiera cosa á que se hace el conocimiento.

Ahora echemos una mirada sobre los palcos.

En los primeros está la aristocracia, en los segundos la clase media algo acomodada, y en los terceros cierta clase de pueblo equívoco. A los primeros se va generalmente para hacerse ver; á los segundos para ver á los demas, y á los terceros para ver la representación.

Los tocados mas brillantes están en el primer piso: allí se vé la esposa de un banquero; mas allá la esposa de un título ó de un propietario; la segunda es la que impone la moda, la que lleva lo mas nuevo y asiste al teatro para que la vean; los palcos no dejan de estar concurridos en los entreactos; allí van los *dandys* y los abonados. Es muy lisongero decir que se acaba de hablar con una notabilidad.

En el palco inmediato hay una jóven actriz muy lisongeadada del público; no lleva diamantes; su tocado no ofrece nada notable; pero brilla por su talento. Los liones y otros personajes, esperan que el acto dé principio para entrar en su palco. Harán mucho ruido, cerrarán la puerta con estrépito, hablarán muy alto, como si estuvieran en su casa. Todo esto para distraer la atención del público, para que empiecen los *chicheos* y algunos griten: ¡silencio! Pero los liones sonrien desdeñosamente y hacen un poco de mas ruido.

He aqui un caballero que entra en las galerías, en el balcon, que hace que le abran muchos palcos, que saluda á todo el mundo, que no está mas que un momento en cada parte donde se presenta, y que no sabrá qué hacer de él saliendo del teatro.

Aquel otro, que acaba de hablar á la entrada de un palco, encuentra medio en la conversacion de decir continuamente estas palabras: «Mi periódico. Yo diré eso en mi periódico, yo daré cuenta de ello en mi periódico... ¡Ah! yo arreglaré eso por medio de mi periódico.» Es imposible no conocer que aquel caballero es periodista; sin embargo, él se cree tan feliz siendo periodista, y le gusta tanto que todo el mundo sepa que lo es, que uno de sus amigos le ha aconsejado que escriba un renglon en su sombrero para que nadie lo ignore.

Hay ademas, en derredor del patio, y especialmente en el Circo, palcos, de los

cuales no hemos hablado porque tienen echadas las persianas; pero puesto que las personas que los ocupan no se dejan ver, es probablemente... porque no quieren ser vistas; en su consecuencia, nos parece indiscreto procurar apercibirlos... Dejemos á cada cual que viva como quiera, y haga, como suele decirse, de su capa un sayo.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

PROVERBIO EN TRES PARTES

POR M. EUGENIO SCRIBE.

(Conclusion.)

TERCERA PARTE.

ESCENA V.

CAMILA, apareciendo en la puerta del fondo.

CAMILA.

¡Qué ideas tan singulares tiene Hortensia!... Anunciarme por medio de su doncella que me aguarda en este pabellon, en vez de recibirme en su aposento, es cosa que envuelve algun misterio... (Sonriendo.) Ya se vé... yo no hubiera venido sino se tratara de asuntos importantes, pero cuando una es un poco curiosilla y se la promete un secreto!... (Pensando.) ¿Cuál podrá ser? ¿Si se referirá á Mr. Melval con quien estubo hablando tanto tiempo ayer noche? Si es asi me incomodaria, porque estoy en la obligacion de desoir todo cuanto pueda alegar en su favor. (Despues de algunos instantes de silencio.) ¿Y en último caso que podria decirme?... Quizá sirvan para mejorar su causa algunas razones (sonriendo.) aparentes y absurdas, (con seriedad) ¡pero en cambio tiene en contra suya otras tantas fundadas y legítimas! ¡Vaya! Demasiado he pensado ello en durante esta noche, para que tenga necesidad de pensar mas.... (Con impaciencia.) ¡Cuando querrá Dios que venga Hortensia! (Viendo que se abre la puerta del fondo.) ¡Ah!... ¡Al fin llegó! (Parándose asustada.) ¡Cielos! ¡es Mr. Melval! (Enrique aparece en la puerta del fondo, y se detiene cortado.)

ESCENA VI.

CAMILA y ENRIQUE.

ENRIQUE.

Perdonad, señorita, si me atrevo á presentar delante de vos tan bruscamente, y sin hacerme anunciar como corresponde. Esto ha consistido en que he hallado al paso un criado, que me aseguró que encontraría en este pabellon el vizconde de Comnènes, á quien deseaba ver antes de mi partida, por si tenia necesidad de hacerme algun encargo para París.

CAMILA.

¿Con que estais decido á partir?

ENRIQUE.

Dentro de media hora... pero no como creía Mme. Desgravilliers para contraer un enlace ventajoso.

CAMILA.

Eso fué lo que ella me dijo ayer noche, cuando concluyó el baile... (*Después de un instante de silencio.*) ¿Será sin duda algun puesto importante el que exige vuestra presencia en París con tanta premura?

ENRIQUE.

No por cierto, señorita; no conozco allí ninguna persona de importancia que quiera concederme su protección.

CAMILA.

¿Pues qué es lo que os mueve á abandonar este país, siendo así que todos aseguran que vuestra posición es envidiable? De público se dice que teneis grandes probabilidades de ser nombrado representante.

ENRIQUE.

Creo que se engañan los que tal digan, señorita.

CAMILA.

Es que yo en vuestro lugar vería lo que daban de sí los acontecimientos... aguardaría...

ENRIQUE.

Esa sería una decepción mas... Convencido de ello, voy á dirigir esta carta al comité electoral, por la que renuncio la honra que quieran dispensarme.

CAMILA.

Haceis mal, caballero, muy mal... Al menos, consultad antes á vuestros amigos...

ENRIQUE.

No los tengo, señorita.

CAMILA.

Con frecuencia sucede que se tienen mas de los que se cree, y si á ellos acudis es bien seguro que os dirán que á vuestra edad es preciso ser ambicioso...

ENRIQUE.

Quizá soy mas de lo que os figurais. Mi ambición, si de algo peca, es de demasiado alta, de demasiado elevada... Si, señorita, he osado en mi desvarío, aspirar á un bien tan grande que todo lo que no sea él, es para mí indiferente.

CAMILA.

Ignoro cual pueda ser ese bien, cuya posesión inspira desprecio hácia todos los otros, pero, de todos modos, el desaliento y la desconfianza no han sido nunca, en mi concepto, los medios mas oportunos para alcanzar un objeto. Sea este el que fuere... preciso es empezar por hacerse digno de él... por merecerle.

ENRIQUE.

¿Y cómo?

CAMILA, con emocion.

Yo no soy mas que una pobre y débil muger, pero me parece, sino me engaño, que vivimos en un tiempo en que cada uno se debe á su país... porque nunca ha tenido este mayor necesidad del talento y del valor de sus hijos... Y cuando se os presenta una ocasión de servirle... Cuando se os presenta una ocasión de defender la causa de las personas honradas y de adquirir gloria y renombre ¿os alejais cobardemente?

ENRIQUE, con alegría y esperanza.

No... me quedaré... me quedaré!...

CAMILA.

Bien, ... Enrique...

ENRIQUE.

Mas para conseguir eso es preciso tiempo es preciso consumir dias y dias en el trabajo y el estudio, y si por premio de mis esfuerzos ese bien, ese sueño de toda mi vida cae en poder de otro...

CAMILA.

¿Conozco muchas personas que saben aguardar, y que creen que con mérito, tiempo y perseverancia, todo es posible!

ENRIQUE.

¡Ah! ¡aunque debiera perder la vida antes de conseguir mi objeto, la esperanza sola de entreverle me dará fuerzas para vencer todos los obstáculos!... (*Cuando dá algunos pasos para salir, cierran por de fuera la puerta del fondo.*) ¿Qué oigo? (*Dirigese hácia la puerta de la derecha y sucede lo mismo.*) ¿Si estarán formando barricadas?

CAMILA.

Encerrarnos juntos en este pabellon... ¿qué significa esto?

DESGRAVILLIERS, gritando por la parte exterior.

Ya estais bajo de llave, y no podeis escapar.

ENRIQUE, dando repetidos golpes á la puerta.

Aqui hay algun error... Soy yo, Enrique Melval...

DESGRAVILLIERS, por la parte exterior.

¡Vaya una excusa!... Razon de mas.

ENRIQUE.

Os suplico que abraís...

DESGRAVILLIERS, lo mismo.

No por cierto.

ENRIQUE.

Mirad que no estoy solo.

DESGRAVILLIERS, lo mismo.

Ya lo sé.

ENRIQUE.

La casualidad ha sido causa de que me encuentre ahora aqui, con otra persona.

DESGRAVILLIERS.

No lo ignoramos... con que así un poco de paciencia, que en justificando el hecho, podreis tomar soleta...

CAMILA, trémula y admirada.

¿Qué es lo que dice?

ENRIQUE.

¡Un desatino! ¡Una barbaridad!

DESGRAVILLIERS.

Ya están aqui los testigos, y solo espero la llegada del representante ministerial para instruir el competente proceso-verbal.

ENRIQUE, continuando en su tarea de dar golpes á la puerta.

Os repito, caballero, que estoy aqui con una persona... con una jóven que conoceis...

DESGRAVILLIERS, por la parte exterior.

Y cuya identidad vamos á justificar.

ENRIQUE.

Con vuestra pupila... la señorita de Solanges...

DESGRAVILLIERS.

A otro perro con ese hueso, que yo no me dejo engañar con tanta facilidad... ¡Hola! Ya está aqui el comisario... (*En voz alta.*) ¡Abrid ahora todas las puertas!

(*Las dos puertas y las ventanas se abren á la vez. Camila asustada se refugia al lado de Enrique en el mismo instante en que todas las personas que estaban fuera se presentan en la habitacion.*)

ESCENA VII.

DESGRAVILLIERS, EL VIZCONDE, ROUGET, ESTEBAN, el comisario de policia con su faja, y todos los criados de la casa.

DESGRAVILLIERS, precipitándose hácia MELVAL y parándose estupefacto al ver cerca de él á su pupila.

¿Qué veo? ¡Es Camila!

EL VIZCONDE.

Hace una hora que te lo estoy diciendo... y no has querido hacerme caso.

DESGRAVILLIERS.

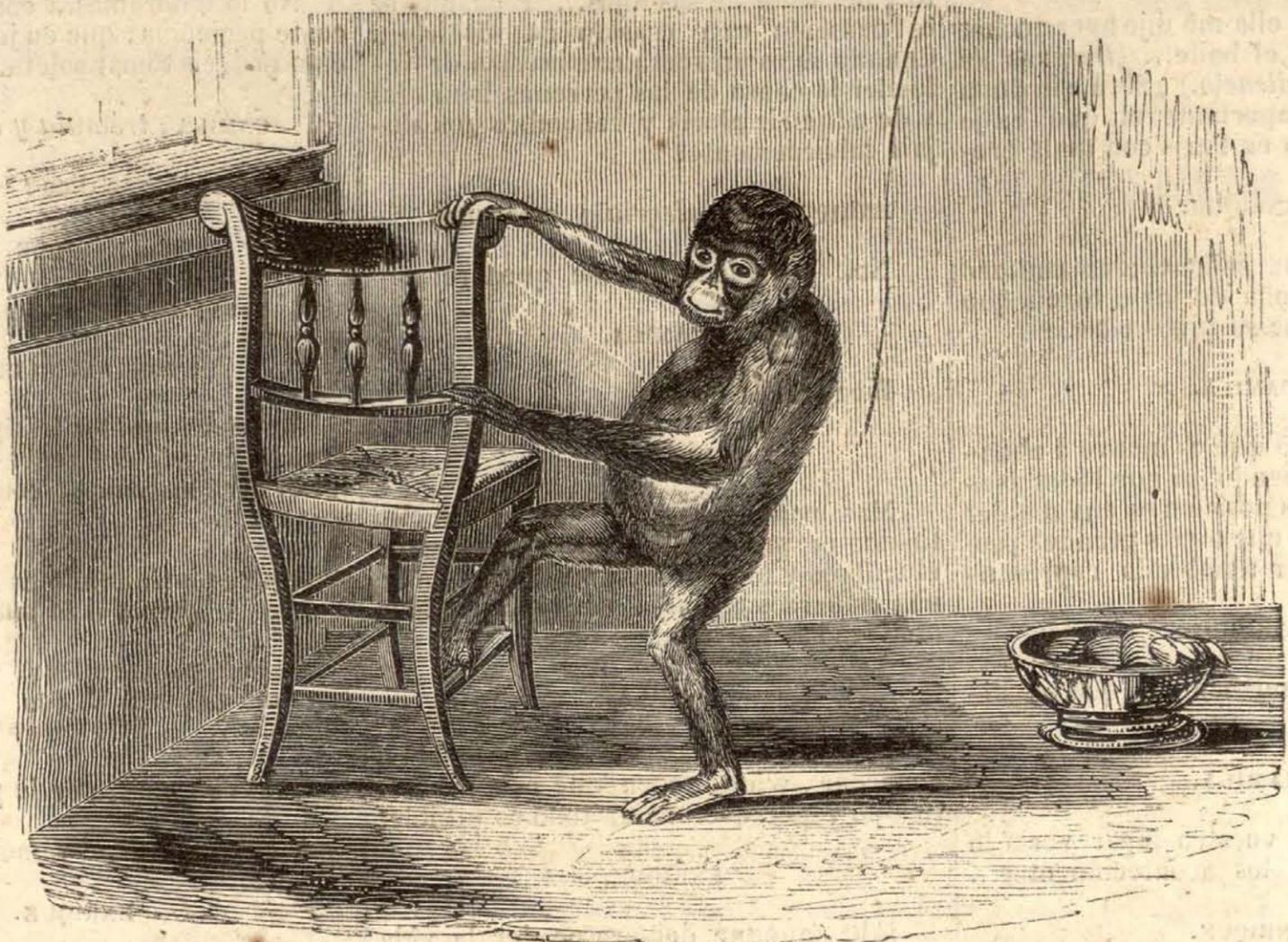
¿Cómo se explica esto?

CAMILA.

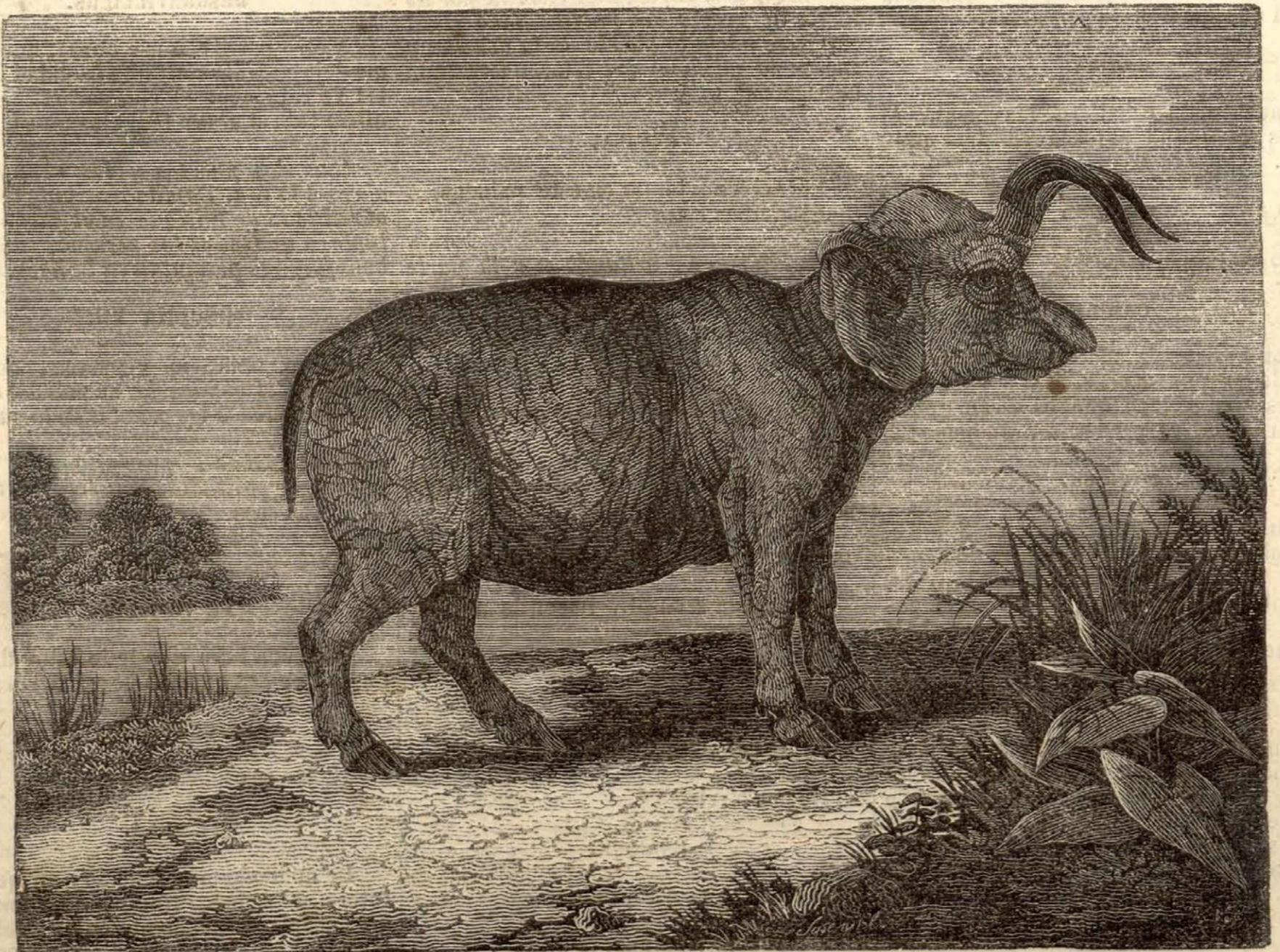
De un modo muy sencillo, mi querido tutor... El señor... (*Indicando á Enrique*) me encontró casualmente en este pabellon pocos instantes después de haber entrado

(*Sigue á la página 86.*)

HISTORIA NATURAL.



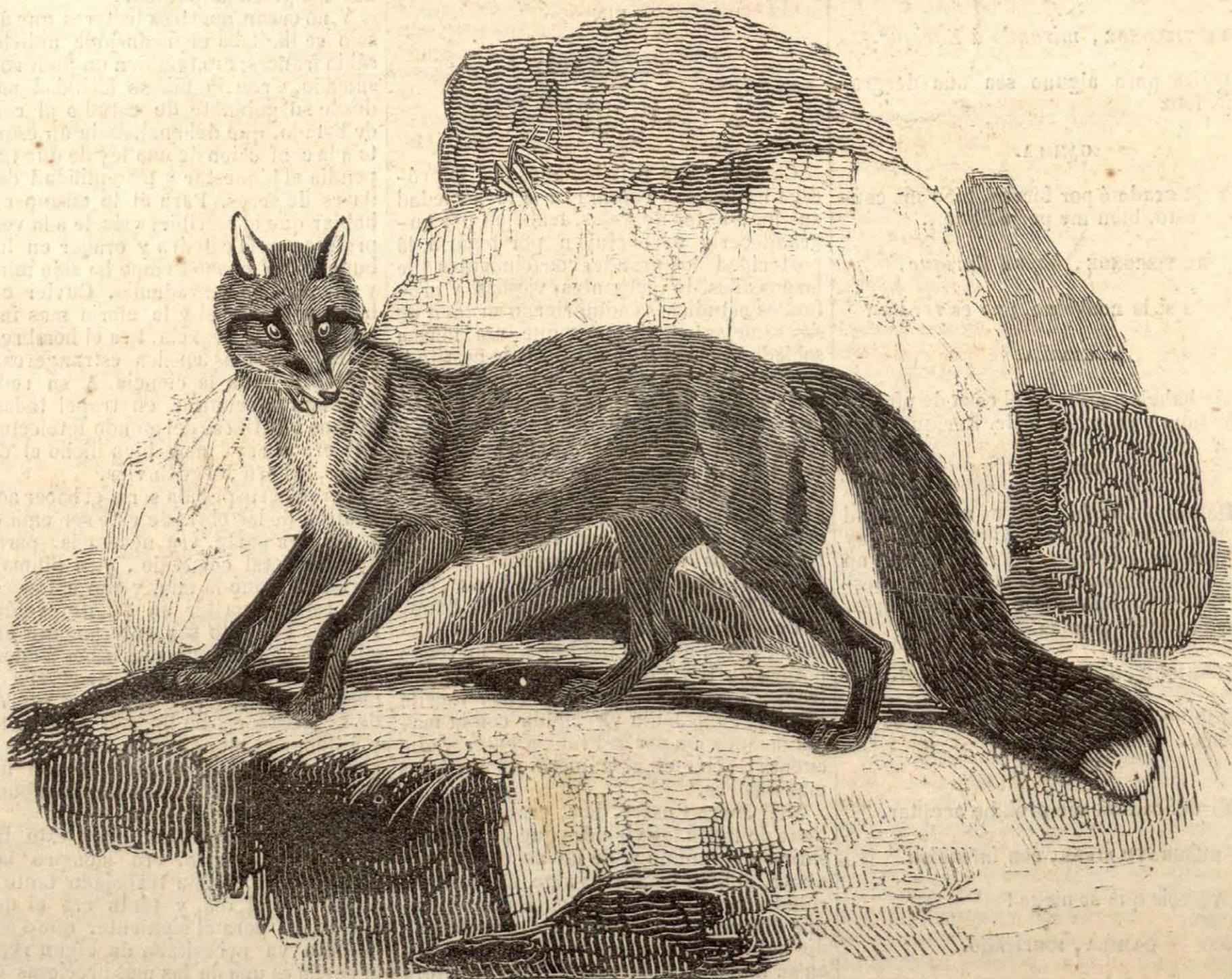
El Orangutan



Sivaticron.



Carnero y cabra silvestres.



El Zorro.

en él, y todavía permanecíamos hablando con la mayor tranquilidad, cuando se os ocurrió la peregrina idea de encerrarnos, y de llamar á una porcion de personas, incluso el señor comisario, produciendo de este modo un escándalo que me compromete extraordinariamente.

DESGRAVILLIERS.

¿Qué? ¿podrías suponer?

EL VIZCONDE.

Si... la asiste derecho para suponerlo todo...

CAMILA.

Solo diré algunas palabras mas. Ya sabéis que he rehusado todos los partidos que hasta ahora me habeis propuesto, porque mi deseo acerca de este punto, era aguardar todavía mucho tiempo, si sucedia que alguna vez llegaba á pensar en casarme. Esto mismo era lo que hace poco decia á Mr. Melval.

ENRIQUE.

¡Es exacto!

CAMILA.

Pero en la actualidad me es imposible esperar mas tiempo, gracias al compromiso en que me ha colocado vuestra singular conducta y que no vacilo en calificar de gran desgracia.

EL VIZCONDE, *mirando á Enrique.*

Quizá para alguno sea una desgracia... feliz

CAMILA.

Y de grado ó por fuerza, bien me convenga esto, bien me perjudique...

EL VIZCONDE, *bajo á Enrique.*

Vaya si la conviene, ¿no es verdad?

CAMILA.

Me habeis puesto en el caso de ofrecer mi fortuna y mi mano á Mr. Enrique Melval...

ENRIQUE.

De ningun modo... esa es una felicidad que me enloqueceria, pero que estoy muy distante de merecer, no solo porque no poseo nada, sino por que me halló espuesto á las reclamaciones de mis acreedores, y abrumado de deudas...

ENRIQUE, *á Camila en voz baja.*

Que he contraído por vos.... ya os diré cómo.

ENRIQUE.

Mi delicadeza me prohíbe aceptar.

DESGRAVILLIERS, *con intencion.*

¡Ya veis que se niega!

CAMILA, *sonriendo.*

Segura estoy de que aceptará... viéndome comprometida.

DESGRAVILLIERS.

Pero mirad que es un hombre que nada posee... que no es nada...

VETWER, *corriendo.*

Es un representante de la nacion francesa... ¿Oís las aclamaciones y gritos de alegría?

ROUGET.

Distingo los gritos de los electores de mi distrito. ¡Habrán pillos!

EL VIZCONDE, *dando la mano á Enrique.*

Al fin te casas con la que amas.

VETWER, *cogiéndole la otra.*

Y os veis nombrado representante, de lo que me complazco extraordinariamente. ¡Bien es verdad que éramos tantos á trabajar en vuestro favor!

EL VIZCONDE.

¿Quiénes?

VETWER.

Todos los acreedores.

EL VIZCONDE, *riendo.*

Está visto; *No hay mal que por bien no venga.*

FIN.

CUVIER.

Cuando seres privilegiados por la pródiga naturaleza consagran á la sociedad sus incesantes desvelos, trabajan por engrandecerla y concluyen por legar á la posteridad los grandes conocimientos que largos años de incesantes vigiliias y profundos estudios les adquirieran en bien de sus semejantes, justo es que esa misma sociedad les rinda un tributo de gratitud, conservando indeleble la memoria de los que con tanto celo como generosidad se dedican á servirla.

Ahora bien, pocos de nuestros lectores serán los que no hayan oido hablar del célebre naturalista Cuvier, gloria de la Francia, y á quien su patria llena de admiracion y de respeto hácia sus grandes conocimientos y preclaro ingenio, llegó á elevar al rango de conde y de baron, colmándole de todos los mas grandes honores y altas consideraciones. Esto no obstante, por si alguno hubiese que no tenga noticia de tan grande hombre, vamos á transcribir íntegra su biografía, escrita por Mr. Julio Janin y recibida con la mayor aceptacion por la Francia entera, que cuenta Cuvier en el número de sus hijos mas ilustres.

Mr. Jorge Cuvier, dice, era un hombre lleno de todas las virtudes que pueden residir en el mundo y de un aspecto imponente, si bien le quitaba algo de su severidad una afable y dulce sonrisa que siempre divagaba por sus labios: al verle nadie hubiese adivinado que aquel hombre en su infancia hubiese sido una criatura pobre, miserable y contrahecha. ¡Tal es el formidable poder de la voluntad! Este ni-

ño débil, feo é impotente, quiso ser un hombre, y lo que es mas un hombre de provecho, y la suerte y su constante aplicacion secundaron sus nobles esfuerzos. Por una feliz revolucion de la naturaleza, su cuerpo se habia erguido, su mirada logró bien pronto adquirir todo el fuego de la animacion, su frente cubierta de un cabello casi rojo llegó á verse sombreada de un hermoso pelo blondo y su conversacion, que hasta entonces habia sido lenta y embarazosa, tornóse rápida, espresiva y atrevida: bajo esta maravillosa trasformacion, es como todos han conocido al grande hombre que hoy nos ocupa; asi es como le han admirado sus infinitos discípulos; cuando su mirada, llena del fuego santo del saber, se fijaba en ellos que le escuchaban con el mas profundo y respetuoso silencio, justo homenaje tributado al mas sabio entre todos los sabios mas ilustres de la Francia.

Jorge Cuvier fué uno de esos seres extraordinarios que parecen haber traído consigo al nacer el conocimiento de todas las ciencias. ¡Imaginacion prodigiosa que adivinó todo cuanto la ciencia misma no podia revelar y que llegó á abrazar todas las partes de los conocimientos humanos! Ciencias naturales, física, astronomía, filosofía... en fin, todo cuanto se halla encerrado entre el cielo y la tierra habia sido estudiado por Cuvier. Su constante afan le ha hecho hallar una infinidad de razas perdidas en las sombras del olvido y dar nombres á animales que habia destruido el diluvio. Ha compuesto multitud de esqueletos cuyos huesos se hallaban dispersos y hallado nombres para todos los pescados del mar.

Y no crean nuestros lectores que á esto solo se limitaba el incansable anheló del sábio francés; era tambien un politico consumado, y con la misma facilidad pasaba desde su gabinete de estudio al consejo de Estado, que del analisis de un esqueleto á la confeccion de una ley de que tal vez pendia el bienestar y tranquilidad de millares de seres. Para él lo mismo era el hablar que el escribir: viósele á la vez ser profesor en la cátedra y orador en la tribuna. A un mismo tiempo ha sido ministro y miembro de la academia. Cuvier era el hombre universal y la gloria mas incontestable de la Francia. Era el hombre, orgullo de su pais en los estrangeros, y el centro de toda la ciencia. A su rededor llegaban á reunirse en tropel todas las glorias científicas del mundo intelectual de que era el rey, mas bien dicho el dios y señor. Tal era Jorge Cuvier.

Tarea harto pesada seria el hacer aqui el analisis de las obras de este ser eminente, y por otra parte, era necesaria, para poder llenar tal cometido, otra pluma mas acreditada que la mia, y aun entonces seria preciso escribir un estenso volumen. Pero ya que esto sea enteramente imposible, al menos podremos hacer á nuestros benévolos lectores, una corta reseña de su modo de vivir y por qué sábia economía de su existencia ha llegado á saber tanto y á llenar el mundo literario con sus muchos y asombrosos escritos: según nuestro modo de pensar estos detalles abundan en el mas grande interés.

La hora de acostarse para este hombre extraordinario, era siempre la de media noche. Habia trabajado tanto durante todo el dia, y tanto era el que le aguardaba para el siguiente, que á aquella hora ya necesitaba de algun reposo. El sueño es una de las mas preciosas condiciones de una existencia laboriosa; devuelve sus fuerzas al hombre fatigado por

el cansancio; hace descansar á la cabeza agobiada por las ideas de la víspera; reanima todas las facultades del espíritu y devuelve á esa misma cabeza toda la fuerza y el pensamiento, la inteligencia y la vida. ¡Ah! ¡el sueño del gran Cuvier era el don mas precioso de la pródiga naturaleza! Transcurridas seis horas se despertaba, y mientras se vestía iba leyendo cartas, arreglaba los papeles y disponia hora por hora y minuto por minuto, el trabajo de aquel dia. Rara era la vez que su ayuda de cámara llegaba á tiempo de poder ayudar á vestir á su ilustre amo. Medio vestido ya, corria alrededor de su gabinete, todo ocupado por libros, osamentas, esqueletos, memorias principia- das, minerales y vegetales, poniéndolo todo en orden. No habia parte del mundo de donde no le enviasen diariamente algunos restos raros y preciosos de historia natural que necesitaban ser clasificados, ó de algun animal desconocido cuyo nombre le era pedido por otros sábios que respetaban sus profundos conocimientos. Su bufete se veia siempre lleno de plumas, lápices y buriles; porque tambien escribia, dibujaba y se dedicaba al grabado. Ya hemos dicho antes que Cuvier era universal.

Luego que todo lo habia arreglado, se desayunaba, y esta primer comida era ya un trabajo, porque el gran naturalista comia muy poco por la mañana; pero en cambio leia mucho antes de levantar los manteles. Libros y periódicos, nada se le olvidaba: en vano era que tanto su esposa como su hija, se esforzasen por medio de una conversacion llena de gracia y decultura, en distraer por algun tiempo de sus profundas meditaciones, á aquel hombre ilustre que tanto amaban. Apenas habia concluido de tomar una taza de thé, costumbre á que nunca llegó á faltar, tornábase de nuevo á su gabinete, y allí entregado para todo el dia á sus meditaciones, poníase á escribir con el mayor afán. Acontecia con bastante frecuencia que anunciásemos alguna visita, por lo regular de extranjeros que iban de muy lejos para conocer al hombre del siglo, y Cuvier, enemigo de hacer esperar, se apresuraba á introducirlos en el salon, donde paseándose de uno á otro extremo respondia á cuanto admirados le preguntaban. En sus respuestas era siempre claro y conciso, y escuchaba con la mayor paciencia á todo el mundo. Penetrando por lo regular cuanto se le iba á decir, lograba con esto el que se concluyesen bien pronto las visitas. Cuvier no era uno de esos hombres á quienes los ociosos hacen su presa; jamás venian á verle sino los que tenian que consultar algo con él, respetando los demás instantes tan preciosos.

Daban las dos, y entonces salia de aquel gabinete tan lleno para él de los mas dulces encantos. A la primera campanada dejaba el libro sin continuar ni una línea, ni una sola palabra: con la mas grande facilidad pasaba de una á otra idea; tan seguro estaba siempre de hallar nuevamente y cuando quisiera su idea interrumpida, en el lugar que la habia dejado para salir á llenar sus deberes sociales: tantos eran los sitios á que se le llamaba y tan indispensable su presencia en los diferentes cargos honoríficos á que sus raros conocimientos le habian elevado. Miembro del Consejo de Estado, director de cultos en el ministerio del Interior, presidente del consejo de la universidad, miembro de las tres academias; todo era poco para premiar los constantes desvelos de aquel ge-

nio; todos estos deberes, de los que uno solo bastaria á llenar la existencia de un hombre ordinario, los desempeñaba Jorge Cuvier con un celo inesplicable. Seguros estaban de hallarle en todas partes, dispuesto siempre á hablar, jamás omiso en obrar y emitir su parecer. Era tal su criterio, tan rápido y seguro al propio tiempo, que lo mismo en el ministerio del Interior, que en la Academia de las Ciencias ó en la Francesa, escuchábasele como á un oráculo. ¡Era para él tan antigua la costumbre de ser escuchado y para los demas la de oírle! Verdad es que habia principiado bastante temprano, pues que á los treinta y cuatro años ya le habian hourado con el cargo de secretario perpétuo del Instituto. Jamás podrá olvidar la Academia de las Ciencias al hombre infatigable que leia cuantas memorias se presentaban, que comprendia todas las ideas nuevas y exageradas, que respondia á cada uno en su lenguaje particular y segun convenia el contestarle. Lleno siempre de paciencia y de bondad, nunca mostrando estar fatigado, era el mas sencillo de los hombres por lo mismo que era el mas inteligente... Hé aqui lo que fué siempre Cuvier en la Academia de las Ciencias, en el consejo de Estado... hablando poco pero caminando siempre al fin proyectado; siempre sencillo, siempre preciso, siempre claro y sin dejar jamás de ser el mismo; el sábio entre los mas ilustres sábios de la Francia.

Cuando ya habia desempeñado todas estas obligaciones tan sagradas para él, luego que ya no era preciso su parecer para ilustrar alguna cuestion, marchaba á su casa, donde le aguardaba un ligero sustento. Antes de sentarse á la mesa, leia su correspondencia de aquella mañana, que siempre era inmensa; pero cuando llegada la hora del descanso, se consagraba á su familia; ya entonces tornándose en hombre de mundo, hablaba con todos revelando en su semblante la gran felicidad de su alma, y celebraba cualquier chiste con aquella risa estrepitosa que el patio de los teatros reconocia harto bien cuando Jorge Cuvier asistia á ellos por casualidad. Su querida hija sobre todo, su amada Clementina le hacia el mas feliz de los padres. Clementina era su orgullo, su amor y su existencia: la linda jóven habia comprendido bastante pronto á quién debia el ser. Sabia por instinto que la hija de Cuvier, ni debia ni podia ser una muger como las demás, y por lo mismo habia estudiado desde bien temprano, á fin de ponerse al nivel de su padre. Clementina, noble niña ocultaba su precoz saber bajo las hermosas flores de su juventud, porque la única dicha de su alma era el poder procurar algunas distracciones al autor de su existencia. Asi es que con harta frecuencia acontecia que el noble anciano la miraba con el ciego respeto de un hijo, obediéndola en todo cuanto le decia, sucediendo no pocas veces que cuanto su padre habia descuidado algo el ordinario aseo de la ropa, Clementina corria á él y le hacia ponerse su mejor trage de ceremonia, y sobre aquel espléndido uniforme colocaba con sus lindas manos la cruz de la Legion de Honor, que la respetuosa admiracion de sus compatriotas habia presentado á su padre. Otras le obligaba á salir de su querido gabinete, y cogiéndole de la mano hacia que la acompañase al teatro, ó besándole con el mayor cariño, le decia: *Necesito un discurso para la primera reunion de la Academia.* Y Jorge Cuvier, ansiando complacer á su querida hija, se entregaba con la bondad mas pa-

ternal al trabajo que Clementina le habia encargado.

Pero ¡ah! ¡miserias del mundo! Esta noble y linda jóven tan amante y necesaria á su padre; Clementina, la vida, la alegría y ventura de tan ilustre anciano; la bella cuanto bondadosa Clementina, murió á los veinte y dos años, llorada por el autor de su existencia que jamás pudo ya consolar-se de tan terrible pérdida.

Hé aqui, benévolos lectores, la vida del célebre Cuvier, constantemente entregado al trabajo y á su familia. Este ser extraordinario llegó seguramente á ser el hombre de la Europa: su presencia lo animaba todo, y su palabra aclaraba aun las ciencias mas difíciles. Una gloriosa falange de sábios que le obedecian como á su gefe, estaba siempre á sus órdenes; tenia viajeros en todas las partes del mundo, una biblioteca inmensa, multitud de colecciones que llenaban inmensas galerias, y aun cuando se hallase paseando con su hija, si acontecia que encontrase á su paso una flor, una planta, un grano de metal, parábase de repente y se abismaba en sus habituales meditaciones.

¡Ah! ¿Por qué ha de ser tan vasto el poder de la muerte, que siegue en su carrera y de un solo golpe, la existencia de hombres como Cuvier? ¡La vida, aun la mas ocupada, siempre es corta! Bien pronto llega el momento en que hasta al mismo genio le es preciso detenerse. ¡Adios entonces prodigiosos descubrimientos; adios estudios! ¡Nada son ya las ciencias, nada el porvenir! La muerte, esa implacable enemiga del género humano, nos toca con su dedo de hierro; entonces ya se cierra nuestro ojo; nuestra mano abandona la pluma que tantas glorias lega á la posteridad y todo ha concluido para nosotros en este mundo... Asi ha terminado su larga y distinguida carrera el ilustre Cuvier.

Ninguno de cuantos se hallaban en la universidad de Paris el último dia que Cuvier habló en público, puede haber olvidado aun la solemne tristeza que se apoderó de todos. Verdad es que Paris entero se hallaba en una época harto aciaga; el cólera, esa epidemia horrible, se habia posesionado de toda la ciudad, y el espanto y el terror imperaban por do quier. Las calles yacian en el mayor silencio, las cátedras se hallaban desiertas, los hospitales estaban atestados de enfermos... El carro de la muerte corria por las calles hasta llegar al cementerio, conduciendo los inanimados restos de centenares de seres que el dia anterior corrian tras los mentidos placeres del mundo y que muy pocas horas habian bastado para hacerles conocer lo efimero de su existencia. Pues bien, hé aqui el terrible momento que el gran Cuvier eligió para abrir su cátedra, pues comprendió que aquella debia ser la mas útil y feliz distraccion al tedio de la juventud estudiosa. Ninguno de tantos discípulos como corrian á empaparse en las doctrinas del grande hombre faltó al llamamiento de tan ilustre profesor. Iba á hablar de la historia de las ciencias naturales, del resumen de todos sus conocimientos. Subió á la cátedra, que ya hacia quince años que no habia ocupado, y Dios sabe cuántos fueron los aplausos que su sola vista arrancó á la multitud admirada. Comenzó á hablar; pero, ¡cielos! ¿sobre qué versó su discurso? ¡Tan pronto lo hemos perdido, que ni aun tiempo tuvimos para recordar sus últimas palabras! Habló de la tierra, de las revoluciones que habia sufrido, de las presentes y

y venideras, del número de sus habitantes... y cuando con su elocuente naturalidad llegó á hablar de la creacion, abrió los ojos hácia el Criador. ¡Ah! este movimiento fué sublime! pero cuando desde el apogeo de esa inteligencia suprema que jamás puede morir, y que dirige el mundo; cuando apagada ya la llama de un entusiasmo santo, atrajo sobre sí mismo otra inteligencia terrestre y perecedera, una nueva tristeza se amparó repentinamente de su corazon y de su semblante. «Plegue al cielo, dijo terminando, que me queden bastantes fuerzas aun para llevar á cabo tan honrosa empresa.» Despues calló, bajó de la cátedra, y todos sus discípulos le acompañaron con el mayor silencio hasta su morada, heridos como él de un siniestro presentimiento. Y en efecto, ya no debian verle ni oír mas sus elocuentes discursos: acababa de dirigir á sus queridos discípulos el último adios. Apenas entrado en su casa, y cuando poniéndose á la mesa se disponia para dar al cuerpo el alimento acostumbrado, sintióse de pronto atacado de una parálisis que, apoderándose de todos sus miembros, le dejó sin accion: su voz era débil cual la de un

niño. Ya solo restaba algo de vida en la cabeza y en el corazon, y como aquel era un hombre á quien nada podia ocultarse, conoció desde luego que se aproximaba su último instante, y dijo á su inconsolable esposa: ¡me muero!

Tan luego como se difundió la noticia de aquel inminente peligro, vióse á todo París llenarse de la mayor consternacion. Todos volaban á prestar los inútiles socorros de su amistad y de su consejo, y sus numerosos discípulos corrían aceleradamente á la ilustre morada del grande hombre para adquirir algunas noticias sobre la tan cara salud del que, perdida ya toda esperanza, acababa de pronunciar su sentencia y que entregó su alma al Criador, recomendando con el mayor afan la conservacion de sus numerosas colecciones y demás trabajos científicos. Su muerte acaeció á las nueve de la noche del día 13 de mayo de 1832, perdiendo en él la Francia á su hijo mas querido, al orgullo de una de las mas cultas naciones de Europa, y el mundo todo á uno de los sábios mas ilustres; al genio colosal por excelencia!

París entero, esa grande ciudad que tan respetuosa admiracion habia tributa-

do al hombre de genio, quiso acompañar sus inanimados restos hasta su última morada. Esto no obstante, la corte francesa se hallaba muy lejos de una época de venturosa tranquilidad, y la muerte volaba por todas partes. En el fúnebre cortejo que acompañaba á Jorge Cuvier, habia hombres que se esponian á la muerte yendo hasta el cementerio; sin embargo, acompañábanle á riesgo de perder su propia existencia. Y en efecto, muchos de ellos murieron al volver de tan lúgubre expedicion. Aquel día el cielo se hallaba cargado de nubes, la tierra brotaba agua, y el cólera pudo escoger á su gusto las tristes víctimas de su encarnizado furor entre los millares de admiradores de aquel sábio, que llenos de consternacion seguian el carruaje mortuario en que descendian los inanimados restos del gran Cuvier. ¡Jamás puede haber una oracion fúnebre mas religiosa que aquella en que muchos seres mueren gustosos por haber querido rendir á un hombre eminente los honores que tan de justicia le son debidos!

J. A. DE ESCALANTE.

EL CIVILIZADOR

ó

HISTORIA DE LA HUMANIDAD POR SUS GRANDES HOMBRES.

Tal es el título adoptado por el célebre escritor francés, *Alfonso de Lamartine*, para una publicacion mensual que sale á luz en París desde marzo último. En cuanto á su objeto, el autor lo esplica en estas palabras: «La vida del género humano, dice, se resume completamente en la de los hombres superiores de todas las épocas y de todos los paises, que han ilustrado, dominado y esclarecido su siglo, y en los que el género humano se personifica á los ojos del porvenir. Los anales del universo no escitan interés sino por sus actores, pues los acontecimientos en sí son siempre frios é inanimados; por eso la historia no vive ni palpita sino en el corazon de los sábios, de los héroes, de los filósofos y de los grandes ciudadanos, hombres de carne y hueso como nosotros. Solo por estos personajes y por sus nombres propios se graba la historia en la imaginacion del pueblo, que sin conocer el encadenamiento de ideas y de sucesos, en medio de los cuales la Providencia le arroja un momento sobre la tierra, se empapa en el agua de la época en que vive; pero como no conoce el origen del manantial, es preciso enseñárselo. La historia es la geografía del tiempo.»

En la introduccion, que forma la entrega ó número 1.º del *CIVILIZADOR*, da Mr. de Lamartine mas detalles sobre su plan, que se reduce, en último extremo á escribir la *Vida de los hombres célebres*, que por su valor ó por su ciencia han marcado con su nombre un periodo histórico, tales como Moisés, Homero, Carlos V, Napoleon, etc.; y aun cuando en la publicacion de estas biografías no se propone el autor guardar el orden cronológico, la coleccion estará combinada de modo que abrace todos los acontecimientos memorables desde la creacion del mundo hasta el presente.

Nosotros, que hemos concedido á las *Obras de Lamartine* el lugar que se merecen en nuestras publicaciones, no podíamos menos de dispensar igual acogida á la última, y acaso la mas importante de ellas; pero no hallábamse fácil de combinar la forma para lograr el doble objeto de que los suscritores la tuviesen pronto y económicamente. Por fin cree-

mos haber acertado á resolver el problema; hé aqui la muestra. El *CIVILIZADOR* se incluirá en el *Album Pintoresco*, llenando en cada número las cuatro páginas interiores de dicho periódico; estas páginas llevarán signatura y foliacion aparte, de modo que cortadas formen un libro independiente; así los suscritores á la *BIBLIOTECA ESPAÑOLA*, que reciben gratis el *Album*, tendrán á la vez un periódico y una obra, que podrán encuadernar separadamente. Con la materia que entrará en los cuatro ó cinco números del *Album* de cada mes, se completará una biografía, ó lo que es lo mismo, el equivalente á un número del periódico de Lamartine, poco mas ó menos; y como este no sale sino una vez al mes, podremos ir al nivel con la publicacion de París. Todas las biografías llevarán al frente su correspondiente retrato, mucho mejor que el de la edicion francesa. La publicacion principiará en el número próximo.

AVISO IMPORTANTE.

El *ALBUM PINTORESCO* se ha fundado para regalarlo á los suscritores á la *BIBLIOTECA ESPAÑOLA* por cualquiera concepto que sean; pero el que no recibe por lo menos una de las obras en publicacion ó retira la cantidad que tiene impuesta en la empresa, pierde el derecho al periódico. Sobre este punto no admitiremos jamás reclamaciones ni usaremos de condescendencia con nadie, porque destruiria el objeto, y el enorme gasto que hacemos seria inútil. El suscriptor es dueño de tomar nada mas que aquellas obras que le convengan entre las que publiquemos; pero cuando no tome ninguna no puede considerarse suscrito; esto es tan claro que parece no debia admitir duda; sin embargo, como hay quien insiste en reclamar, nos vemos precisados á insistir en la negativa aunque con sentimiento, porque naturalmente deseamos complacer; pero este es un punto en el que no es posible hacer ni una sola escepcion.